

EL NEGRO RIOPLATENSE Y OTROS ENSAYOS, por *Ildefonso Pereda Valdés*.—Montevideo.

Este escritor uruguayo que empezó a cultivar el tema «negro» en América con algunos libros de poemas y que después ha ido gradualmente desplazándose al ensayo, nos hace llegar ahora un nuevo volumen en que recoge una serie de aportes valiosísimos para la comprensión de las poblaciones negras de la cuenca del Plata. La influencia africana tan visible en la costa brasileña, tanto en la música como en la danza y el verso folklórico, llega a abarcar también ambas riberas del Plata. El autor, que ha viajado por el Brasil y la Argentina siguiendo la huella de esta influencia afro-negroide, regresa con su valija atestada de datos e informaciones harto sugestivas que analiza e interpreta en esta mediadocena de ensayos, ágiles, amenos e instructivos. Pereda Valdés es autor de una *Antología de la poesía negra en América*, editada en Santiago de Chile por *Ercilla*, que es una valiosa información para quienes se interesan por este género de literatura.—JUAN MARIN.



LOS ESTUDIOS AMERICANISTAS EN ALEMANIA Y EL PROFESOR GEORG FRIEDERICI, por *Vicente Forte*.—Editorial N. Vida. Buenos Aires.

Uno de los estudios más interesante y convincentes que hayamos leído en torno al tema del descubrimiento de América y de la conquista de nuestro continente por españoles y portugueses, es sin duda este del catedrático argentino Vicente Forte, publicado de regreso de su estada en las Universidades alemanas. Con abundante y fidedigna documentación demuestra el autor,—glosando particularmente la magna obra del

hispanista Friederici—que la historia del Descubrimiento y la Conquista en la forma que se enseña hoy, está absolutamente falseada. Se ha calumniado al indio americano para glorificar a los invasores, cuya etapa de civilización y cuyo tono de cultura estuvieron casi siempre muy por debajo de los de sus víctimas. Los grandes estudios históricos de los hispanistas alemanes Von Tshudi, Middendorf, Max Uhle, Seler, Lehman, Danzal, Nitshe y principalmente Friederici, han arrancado las túnicas immaculadas de héroes a los Cortés, los Pizarro, los Alvarado etc., dejando al desnudo sus verdaderas fisonomías morales. Demuestran dichos estudios que las expediciones no se hicieron por engrandecer el imperio de los reyes muy católicos, ni aportar nuevos fieles a la cristiandad. Se emprendieron, de acuerdo con un plan perfectamente estudiado, no sólo para llegar a las Indias y controlar el comercio de oro, sedas y especias, sino muy principalmente con el objeto de incrementar el gran tráfico de esclavos que los países europeos ya habían iniciado con los negros del Africa del norte. Este brutal comercio de esclavos se inició para los españoles y portugueses con el descubrimiento de las Canarias y Azores. Y en la conquista de las Canarias se hizo una especie de ensayo general de los métodos que posteriormente se iban a poner en práctica en el Nuevo Mundo. Allí se ensayó el procedimiento de la traición y el engaño al jefe. Ni Moctezuma en Méjico, ni Atahualpa en el Perú, jamás pudieron imaginarse, nunca pudieron concebir al asistir a una entrevista con el jefe invasor, que se les tendería una celada. No conocían ellos la felonía ni el doblez. Y el destino los hizo enfrentarse con individuos de la más baja extracción social y de la peor catadura moral. En las islas Canarias estuvo Colón y participó en este ensayo general de la crueldad, el sadismo, el engaño, la codicia y la rapiña. Por eso Colón, en su segundo viaje, ya envió a España una partida de quinientos esclavos indios. Se ha calumniado al indio mostrándolo cobarde, antropófago y cruel. Ninguno

de estos asertos sería efectivo según el Dr. Friederici: la derrota de los aztecas sólo pudo consumarse porque el siniestro Cortés movilizó contra ellos un ejército de cien mil trascaltheas equipados en pie de guerra. Los iroquenses de la América del Norte, los guaraníes, los aymaraes, los quechuas, lucharon heroicamente y los araucanos, agrega Friederici, no fueron jamás derrotados por el español. Es una nueva historia de América la que está surgiendo de las bibliotecas alemanas: las florecientes civilizaciones de Méjico y del Perú estaban a muchos codos por encima de las de los conquistadores, en todos sus aspectos, ya sea el religioso, social, político y artístico. Su clima moral era también infinitamente superior. La crítica de Friederici se abate no sólo sobre nuestros conquistadores de la América Central y del Sur, sino también sobre los puritanos que desembarcaron en la parte norte del continente. La gloria de todos estos países conquistadores no puede fundarse en sus hazañas sobre nuestro continente. La Iglesia tuvo todavía un más triste papel, pues se puso al servicio incondicional de los agresores, justificando sus métodos y colaborando con ellos en todas sus malas artes. Sólo una gran figura se salva de esta condenación que la nueva historia de América habrá de pronunciar en plazo no lejano: la del Padre Bartolomé de las Casas, el único que gritó la verdad hacia Europa y que en su trato con los indios fué simplemente bondadoso y recto. Atribuimos a este opúsculo de Vicente Forte la más alta trascendencia en relación con la docencia, la historia y el análisis político de nuestras repúblicas, sobre todo, porque él nos muestra al indio americano, que en muchos países es todavía un integrante fundamental, bajo un nuevo y auténtico aspecto, sacudiéndolo de las múltiples calumnias que sobre él han pesado como un estigma. La historia del descubrimiento y la conquista ha sido escrita por elementos interesados en desfigurar la verdadera índole del indio para engrandecer así las «soi-disants» hazañas de los conquistadores. Han sido especial-

mente los clérigos cronistas de los siglos XVI y XVII los que más han contribuído a este confusionismo. Hora es ya de levantar el telón que cubre tanta tragi-comedia. La ciencia etnográfica, arqueológica e histórica alemana comienza a hacerlo. —JUAN MARIN.



INFLUENCIAS FILOSOFICAS EN LA EVOLUCION NACIONAL, por *Alejandro Korn*.—Colección «Claridad». Buenos Aires.

El 9 de octubre de 1936 murió en La Plata (Argentina) don Alejandro Korn, una de las figuras más importantes del pensamiento argentino; «sin disputa, el primer filósofo de la Argentina, en el orden del tiempo y de la jerarquía espiritual», como manifiesta Luis Aznar que prologa este volumen.

Don Alejandro Korn nació en San Vicente, provincia de Buenos Aires, el 3 de mayo de 1860. Su padre fué un médico alemán, Adolfo Korn, que había emigrado a América por cuestiones políticas ya que siendo militar, se había negado a actuar en la represión de un movimiento huelguístico de obreros de la Alta Silesia, viéndose obligado a huir a Suiza. Aquí estudió medicina y una vez recibido de médico, a instancias de un colega uruguayo, se vino al Uruguay. Pero también de este país tuvo pronto que alejarse debido a que protestó indignado por las barbaridades que cometían los «blancos» y «colorados», partidarios de Oribe y de Ribera, respectivamente, que en ese tiempo estaban en lo más álgido de su lucha.

Alejandro Korn estudió medicina en Buenos Aires y se doctoró a los 22 años. Su memoria versó sobre «*Lócuro y crimen*». En la localidad de Ranchos, empezó a ejercer su profesión y ahí mismo contrajo matrimonio. Después fué nombrado médico de policía de La Plata, en 1888, y en el Colegio Nacio-